

Bibliografía

José Ingenieros. *Hacia una moral sin dogmas* (1)

Es esta la última obra del fecundo pensador argentino. Es la versión taquigráfica de un breve curso de ética dictado en la cátedra del profesor doctor Rodolfo Rivarola en el mes de junio del presente año.

Como obra no ofrece la perfección de las buenas producciones del autor, como ser sus «Principios de psicología» o su «Hombre mediocre», y los largos apartes, que pone a los fines de aclarar conceptos y dilucidar problemas, hacen perder en cierta medida la unidad del trabajo y la armonía entre sus distintas partes; pero, estas digresiones son indispensables en la enseñanza oral desde la cátedra, aunque desmerecen una obra escrita. Sin embargo, no puede compararse, de ningún modo, esta publicación con los titulados «apuntes» que de varias materias de enseñanza universitaria circulan por el mundo estudiantil, como verdadera plaga que infecta el buen gusto, la gramática, el estilo y la inteligencia del estudiante, que pierde el tiempo en su lectura nada más que porque responden a los programas oficiales, apartándose de las obras maestras, sistemáticas, metódicas, claras y bien escritas.

Además, este libro es de gran utilidad práctica en nuestro ambiente, bastante atrasado ideológicamente considerado: predica la tolerancia de ideas, combate el dogma estrecho y retrógrado fomentado por la religión oficial y propaga el culto por la verdad, por el bien y por la justicia; tiene, en suma, una alta finalidad moral. Su lectura será de mucho provecho para todos los estudiantes de medicina.

Estudia el autor el ambiente social en que actuó Emerson, comprendiendo claramente que es imposible dar una interpretación acertada de una doctrina filosófica o ética sin tener en cuenta el ambiente social, político y religioso en que se desarrolló; es este un criterio verdaderamente científico de interpretación de la historia de las ideas ya que todo sistema filosófico como los seres vivos, es inseparable de su medio. Los que estudian las doctrinas sin poseer este criterio no hacen más

(1) El Centro, por intermedio de uno de sus miembros, solicitó de Ingenieros la licencia para editar sus lecciones sobre «Emerson y el eticismo»; pero el conferenciante con más tino resolvió, a instancias nuestras, publicarlas. De ahí que, aunque en pequeña parte, el Centro ha tomado participación y se complace grandemente en haber sido una causa ocasional de la publicación de este libro. El Centro debe agradecer también al maestro su donación de ciento cincuenta ejemplares de la obra, que han sido totalmente distribuidos entre los socios y alumnos de Ética y Metafísica; esto ha dado ocasión al Centro para manifestar a Ingenieros el afecto y el aprecio que a él nos unen. Reproducimos el juicio que de «Hacia una moral sin dogmas» hace el Dr. E. Mouchet en el último número de la «Revista del Círculo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina».

(N. de la R.)

que jugar con las palabras. El historiador científico estudia las doctrinas, en cambio, en función del medio: dónde, en qué época y qué fines se propuso su autor, han de ser sus inevitables premisas.

Sarmiento fué un gran admirador de Emerson, a quien conoció y a sus amigos y discípulos, en su viaje a los Estados Unidos. Escribe: «Entre los hombres notables de la educación pública, aquí está el viejo Emerson, que fué uno de los cinco que emprendieron hace treinta años mejorar las escuelas y elevarlas al rango a que han llegado hoy».

«Es ahora un monumento público este hombre, a quien rodea como una aureola de veneración pública». «En larguísima conferencia que hemos tenido sobre materia que tanto nos interesa a ambos, me ha hecho una observación que quiero transmitir aquí para que la tengan presente». «En cuarenta años de trabajos en la difusión de la enseñanza, me dijo, un hecho se me ha presentado constante en todas partes; y es que es inútil rentar las escuelas, inspeccionarlas, si en cada villa, población o ciudad no hay un vecino que euide o visite por puro amor a la enseñanza». «Donde quiera que las escuelas van bien estamos seguros que hay un filántropo que no las pierde de vista; donde van mal, es porque falta; y como absorbidos por la conversación, hubiérase casi apagado la chimenea; al atizar el casi extinguido fuego, me dijo, señalándolo: así son las escuelas, si no se las atiende se apagan». (Obras, XXIX, 84).

La vida de Emerson presenta dos etapas evolutivas. En un principio es individualista rebelde a lo Stirner; pero más tarde descubre que esta posición es perfectamente estéril y antisocial, y haciéndose solidario de los males e imperfecciones humanos, cimenta una prédica militante sobre un sano y fecundo optimismo social. Emerson predicó toda su vida para mejorar el medio social y moral, afianzar la justicia y consolidar la solidaridad social entre los hombres. Para ello, se aparta de los dogmas añejos y predica la moral del porvenir: sin obligación ni sanción. Es una religión puramente ética, no divina ni sobrenatural, sino humana y basada en el amor a la Naturaleza. El hombre, en cuanto realiza el bien y se aleja del mal, es ya una partícula de la divinidad.

La posición de Emerson es la de un optimismo social, como correspondía a su sana naturaleza orgánica y moral. «Los hombres sanos de cuerpo y de mente son, generalmente, optimistas y afirmativos; los enfermos y los desequilibrados suelen ser pesimistas y escépticos». «La salud es bondad, tolerancia, firmeza, simpatía, solidaridad, admiración; los temperamentos equilibrados ignoran la maldad, la persecución, la inconstancia, el odio, el egoísmo, la envidia.» «Emerson tuvo la moral que correspondía a su salud y a su equilibrio: sus ideales fueron la reso-

nancia harmónica de una hermosa naturaleza en un organismo ejemplar.» (98).

Emerson no es propiamente un filósofo como lo fueron Spencer o Kant. Carece de sistema. Es un periodista hablado, o más propiamente, un orador y un predicador de la moral, que siempre antepuso su ejemplo a sus palabras, comprendiendo que es una inmoralidad predicar una cosa y hacer otra. Habla, más que a la razón, al sentimiento del pueblo. La ética de Kant, que es puramente racional, sólo es útil a los filósofos; la ética de Emerson, que es afectiva, es útil a todo el pueblo. Carece de dogmas y de sanción extranatural.

La ética emersoniana es panteísta: identifica a Dios con la Naturaleza. «La Divinidad es la perfección moral que pone al hombre en armonía con la naturaleza». En el fondo, este panteísmo no es más que un ateísmo disimulado; «poner en toda la naturaleza a Dios, equivale a negar que haya dioses fuera de ella». «Es una explicable galantería, ya que la humanidad tiene horror al ateísmo.»

Los dogmas son incompatibles con los ideales de perfección humana. Por eso Emerson combate al dogma de las iglesias organizadas. «El conformismo importa cerrar nuestra inteligencia a toda verdad nueva, apartar de nuestra felicidad todo elemento no previsto en el pasado, negar la posibilidad misma del progreso.» La heregía emersoniana tuvo un fin eminentemente práctico, militante y social. Dió origen en los Estados Unidos a las asociaciones de cultura moral, cuya primera entidad apareció en 1867. Tienden ellas a reemplazar a las iglesias organizadas y dogmáticas y substituir el culto de las divinidades por el de la moralidad, el dogma por la libertad de pensamiento.

En los países latinos, en donde reina la intolerancia religiosa, las asociaciones liberales no hacen sino combatir los cultos oficiales e imperantes. Las asociaciones éticas de los Estados Unidos se dedican especialmente a trabajar por el perfeccionamiento moral de los individuos.

«Lo característico del eticismo, no es la simple afirmación de la *subreancia de la moral*, para repetir el título del ensayo de Emerson, sino su convicción de que *la moralidad es natural y humana, independiente de todo dogma religioso y de toda especulación metafísica.*» «La moralidad puede nacer, desarrollarse, prosperar, alcanzar su máximo de plenitud e intensidad, sin tener por fundamento la noción de realidades sobrenaturales, la idea de una divinidad trascendente o de una vida después de la muerte». «Esas hipótesis, sobre parecer inútiles pueden ser nocivas al desarrollo de la moralidad, en cuanto ponen fuera de la conducta humana los estímulos y las sanciones que favorecen nuestra perfectibilidad. ¡Triste, miserable virtud, la de aquellos hombres que no podrían tenerla sino como resultado de una imposición dogmática o como simple nego-

cio usurario para después de la muerte! ¡Desgraciados esclavos, no hombres, los que en su propia consciencia moral no podrían encontrar las normas para vivir con dignidad, respetándose a sí mismos, y con justicia, respetando a sus semejantes! Fuerza es reconocer que no carecen de lógica los eticistas cuando afirman que lo sobrenatural es un peligro para lo natural, y lo teológico para lo ético, y el dogmatismo para la perfectibilidad, y la superstición para la virtud.

«Quieren ellos constituir una religión exclusivamente humana. En todos sus escritos se advierte la tendencia firme a propiciar el advenimiento de un régimen social en que tengan una parte ereciente la solidaridad y la justicia; y muestran, también, una confianza optimista que concilia su misticismo con los métodos de las ciencias contemporáneas, creyendo en la bienhechora fecundidad de sus aplicaciones prácticas a la felicidad humana». «No temen que la Verdad pueda, en momento alguno, disminuir el coeficiente medio de Virtud difundido en el mundo». «Emancipando la moralidad de todo dogmatismo, afirman que la Verdad sólo puede ser temida por los que ven en la ignorancia, en la mentira y en la superstición, los medios de perpetuar la maldad representada por la injusticia y el dolor cimentado en el privilegio». «Y creen, con bella firmeza, que si los hombres logran poner algún día toda su fe, la más ardiente, la más incontrastable, la más devota, en ideales nacidos de la Experiencia Moral, habrá desaparecido el conflicto eterno entre la inteligencia racional y el sentimiento místico, entre la Ciencia y la Fe,—sólo incompatibles cuando un término busca la Verdad y el otro se asienta en el Error,—hermanadas para siempre cuando la religión del Ideal Moral limpie de sus malezas tradicionales el sendero que lleva al individuo hacia la dignidad, que lleva a la sociedad hacia la justicia».

La filosofía social europea, hija de las doctrinas sansimonianas, llegaron a América y se concretaron en Boston en el *Club de los trascendentales*, y en Buenos Aires en la *Asociación de Mayo*. De la primera, nacida en 1836, fué su alma Emerson; de la segunda, nacida al año siguiente e ignorando la existencia de la primera, Echeverría. «Las dos se proponían reformar la sociedad en que actuaban; las dos dedicaban preferente atención al estudio de los problemas económicos; las dos afirmaban la necesidad de marchar hacia la democracia y acabar con los privilegios tradicionales, las dos declaraban ser cristianas y ponían la moralidad como condición intrínseca del progreso social». «Es innecesario insistir en que cristianismo significaba en Boston lo contrario de dogmatismo protestante y en Buenos Aires lo contrario de dogmatismo católico; era, en ambas partes, un liberalismo adverso a la religión imperante: como el cristianismo de Saint Simon y de Leroux».

«Las naciones civilizadas han expresado ya su voluntad de que la escuela pública se abstenga de preferir ninguno de los dogmas religiosos

profesados por sus ciudadanos». «Afirmemos también la necesidad de intensificar en ella la educación moral, preparando las generaciones futuras para esa tolerancia recíproca de las creencias que es la base misma de la solidaridad social». «Sólo por obra de la escuela marchará la humanidad hacia una moral sin dogmas; sólo por ella podrán los argentinos de mañana repetir el lema de las asociaciones éticas: *Los dogmas dividen a los hombres; el ideal moral los une*».

Fernández Moreno.-Intermedio provinciano (1)

Desde la primera página sorprende una sensibilidad honda y delicada, que recoge del mundo exterior tesoros de verdadera poesía y embellece y dignifica lo vulgar y lo prosaico, «tantum de medio sumptis accedit honoris», aún en desmedro de academias y retóricas.

Fernández Moreno con un rasgo nos integra un cuadro. Sobre el polvo ocre de las calles ciudadanas y el luminoso de los campos se derrama, chispeante, su ironía, y la mucca que fué ingrata y dolorosa se suaviza en una como resignación tierna y filosófica, que no excluye a la esperanza alada.

¿Quién, después de abandonar el libro, no evoca a través de su temperamento — como se decía antaño, — o de su sensibilidad, tal como la augura el novecentismo, la vida de General Pérez, aún en sus menores detalles? Las noches en un frío de cuarto de hotel, inquietas de añoranza, interrumpidas por el reloj de murmurio candencioso y grave y el croar de las ranas en la extendida campiña;

Una lechuza pasa, y en la noche,
rasga el seco percal de su graznido.

Ora os llega una caricia sedante:

Noche, estrellas,
un perfume de acacia
y una brisa de seda.

Y el poeta escucha el latir apresurado de su corazón y el murmurio de la inmortal naturaleza;

Hay un ruidito de agua. La laguna,
arruga su cristal, lleno de estrellas.

(1) Por falta de espacio no pudo aparecer este trabajo en el número anterior y aunque tarde, lo hacemos hoy, por conceptuarlo como una de las críticas a Fernández Moreno, mejores encaminadas.